



J. M. Blanco White y España: recuerdos de un exiliado voluntario

SARA PAROLAI

“El personaje de quién voy a escribir ahora es el único español del siglo XIX que [...] escribiendo en una lengua extraña, ha demostrado cualidades de prosista original y nervioso. Toda creencia, todo capricho de la mente o del deseo se convirtió en él en pasión; y como su fantasía era tan móvil como arrebatado y violento su carácter, fue espejo lastimosísimo de la desorganización moral a que arrastra el predominio de las facultades imaginativas sueltas a todo galope en medio de una época turbulenta [...]”¹

Un “espejo lastimosísimo de la desorganización moral a que arrastra el predominio de las facultades imaginativas sueltas a todo galope en medio de una época turbulenta.” Así don Marcelino Menéndez Pelayo, en su *Historia de los Heterodoxos Españoles* de 1882, describía a José María Blanco White, figura controvertida a causa de la posición política y religiosa que mantuvo en el arco de su vida, que continúa siendo poco conocido por el público y la

¹ *Marcelino Menéndez y Pelayo, Historia de los heterodoxos españoles*, Madrid, La Editorial Católica, 1978. Libro sexto, capítulo IV, p.1334

crítica a pesar del interés aparecido en los últimos treinta años. Un hombre en constante movimiento, espiritualmente inquieto, que pasó del Catolicismo al anglicanismo, para luego convertirse también al unitarianismo en los últimos años de su vida. Poeta, ensayista, escritor, pensador, teólogo y periodista, Blanco White nació en Sevilla en 1775, hijo de Guillermo Blanco -William White-, comerciante de ascendencia irlandesa, y María Gertrudis Crespo que orientó a sus hijas a la clausura, en la cual murieron. Para escapar de la carrera mercantil, a la cual parecía destinado por voluntad paterna y poder, así, dedicarse al estudio de las materias humanísticas, Blanco, a la edad de 12 años, declaró su vocación al sacerdocio. Estudió con los dominicos y luego en la Universidad de Sevilla. Allí conoció a Manuel María de Arjona, José María Tenorio Herrera, Félix José Reinoso y Alberto Lista, con quienes formó la Academia de Letras Humanas de Sevilla. En 1799 se ordenó sacerdote pero sufrió una crisis religiosa entre 1802 y 1803 y dejó de considerarse católico. Lo que más le repugnaba era el fanatismo de los católicos y de las instituciones que legitimaban la reclusión monacal. Emigrado a Inglaterra en 1810 por razones políticas y religiosas empezó a interesarse nuevamente por su país después de los acontecimientos de la revolución liberal en España en 1820 y, por encargo del director del *The New Monthly Magazine*, Thomas Campbell, redactó, utilizando el pseudónimo de Leocadio Doblado, las *Letters from Spain* que aparecieron recogidas en un volumen en 1822. En realidad se trataba por Blanco de un viejo proyecto, empezado años atrás por sugerencia de Lady Holland².

Las cartas describen las costumbres españolas de la época y una parte de la historia del país y gozaron de un buen éxito entre los intelectuales. La literatura española era en aquel tiempo protagonista de muchas obras de crítica literaria y de narrativa. El poeta e hispanista Robert Southey, amigo de Blanco White, había publicado en los primeros años del siglo, las *Letters From England*, bajo el pseudónimo Don Manuel Álvarez Espriella. En sus

2 Manuel Moreno Alonso, *Blanco White la obsesión de España*, Sevilla, Ediciones Alfar, 1998, p.136

cartas, Southey trazaba un cuadro de la vida inglesa valiéndose de los ojos de un supuesto visitante extranjero. Fue esta obra, junta al interés extraordinario surgido en Inglaterra ante los acontecimientos políticos de España que siguieron a la insurrección de Riego, lo que dio a Blanco la pauta para escribir las *Letters From Spain*. Y así como las *Letters from England* de Southey escondían una crítica a la burguesía capitalista inglesa de su tiempo y al fenómeno de la industrialización que tenía como consecuencia un empeoramiento neto de las condiciones de los pobres y de la *working class*, las cartas de Blanco escondían el propósito moral de combatir la intolerancia religiosa de la Iglesia Católica, causa, según el autor, del retraso del país. Como enfatiza Vicente Llorens, mientras Southey se dirigía a sus compañeros en su lengua materna, Blanco White, en el pleno de su anglofolia, escribía en inglés, dirigiéndose a un público inglés y alabando, a veces excesivamente, las instituciones de su país adoptivo.³

“Qué suerte tuvo el famoso viajero español, mi pariente Espriella [...], al conseguir que uno de los mejores escritores de Inglaterra quisiera traducir sus cartas. Pero, puesto que usted no me va a permitir que escriba en mi lengua nativa y como, por otra parte, a decir verdad, me gusta usar la que me recuerda el amado país que ha sido mi segunda patria, la tierra donde di el primero respiro de libertad y que me enseñó a recuperar, aunque imperfectamente y con gran trabajo, el tiempo perdido en mi juventud bajo la influencia de la ignorancia y la superstición, no me demoraré más tiempo en emprender una tarea que, si las circunstancias me permiten acabar, consideraré como una muestra de amistad hacia usted y de gratitud y cariño a su país.”⁴

Así don Marcelino Menéndez Pelayo describió las *Letters From Spain* en su *Historia de los Heterodoxos Españoles*:

“Si las Cartas de Doblado se toman en el concepto de pintura de costumbres españolas, y sobre todo andaluzas, del siglo XVIII, no hay elogio digno de ellas. Para el historiador, tal documento es de oro; con Goya y D.

3 José María Blanco White, *Cartas de España*. Madrid, Alianza editorial, 1972, p.20

4 *Ibidem*, p.39

Ramón de la Cruz completa Blanco el archivo único en que puede buscarse la historia moral de aquella infeliz centuria. Libre Blanco de temor y de responsabilidad, lo ha dicho todo sobre la corte de Carlos IV, y aún no han sido explotadas todas sus revelaciones. Pero aún es mayor la importancia literaria de las *Letters from Spain*. Nunca, antes de las novelas de Fernán Caballero, han sido pintadas las costumbres andaluzas con tanta frescura y tanto color, con tal mezcla de ingenuidad popular y de delicadeza aristocrática, necesaria para que el libro penetrase en el severo hogar inglés, cerrado a las imitaciones de nuestra desgarrada novela picaresca. Sin perder Blanco su lozana fantasía meridional, había adquirido algo más profundo y sesudo y una finísima y penetrante observación de costumbres y caracteres [...]"⁵

“Frescura y color. Mezcla de ingenuidad popular y de delicadeza aristocrática, necesaria para que el libro penetrase en el severo hogar inglés”. La frescura y el color de un español que recuerda las costumbres de su país y, sobre todo, de su ciudad, Sevilla, describiéndolas con una riqueza de detalles que nos las hacen familiares, y comparandolas a veces con las de su país adoptivo. Sevilla, con sus calles, sus patios, su ruido, se mueve en las páginas del libro volviéndose viva, nutriéndose de los recuerdos que, en ese período de su vida, reacercan a Blanco a su lengua madre, después de años transcurridos intentando anglicanizarse. Y la delicadeza aristocrática es la de quien no puede a menos de mirar con ternura a sus compatriotas, subyugados por creencias y supersticiones, que no intentan detener el avance de una epidemia mortal con la ayuda de los médicos o separando la parte enferma de la ciudad de la parte sana, sino exhibiendo reliquias –“un fragmento de la verdadera cruz”⁶– en lo alto de una torre.

“Ya era hora de alarmarse y, en efecto, las autoridades dieron las primeras señales de preocupación. Pero no va a dejar de sorprenderle a usted la originalidad de las medidas tomadas. No se decretó la separación de la parte enferma de la ciudad de la parte sana, ni tampoco se arbitró ningún medio para

5 *Marcelino Menéndez y Pelayo, Historia.*, p.1345-1346.

6 José María Blanco White, *Cartas*, p.164

atender y hospitalizar a los enfermos pobres. Las autoridades que con estas medidas hubieran conseguido detener el progreso de la epidemia, hubieran tenido que dar cuenta de la severidad de su actuación, y su mismo éxito contra la fiebre amarilla se hubiera interpretado como la mejor prueba que nunca había existido un verdadero peligro. Por consiguiente [...] durante nueve días seguidos, al anochecer, se celebraron las Rogativas en la Catedral [...]

Cuando el pueblo notó que, a pesar de las plegarias, la enfermedad seguía avanzando a paso rápido, empezó a buscar otro método más eficaz de conseguir la ayuda de los cielos. Los más ancianos sugirieron que se exhibiera en lo alto de la torre conocida con el nombre de Giralda, el Lignum Crucis, es decir, un fragmento de la verdadera cruz, considerado como una de las reliquias más preciadas de la Catedral hispalense⁷.

No hay dudas de que las opiniones políticas y religiosas del autor, el “furor antiespañol y anticatólico” que según don Marcelino Menéndez Pelayo “estropea aquellas elegantes páginas”, contribuyeron a impedir la difusión de las *Letters From Spain* en España.

Las *Letters From Spain*, coordinada por Vicente Llorens, cuya primera edición española es de 1972⁸, se componen de una parte descriptiva y una parte histórica, las dos caracterizadas por una base autobiográfica. A esas se añade la carta tercera que lleva por título “Formación intelectual y moral de un clérigo español” que, si a primera vista parece extraña, enriquece en cambio la composición del tono íntimo que caracteriza la dramática exposición de la entrada de Blanco White en el mundo eclesiástico. La exposición de su vida espiritual va más allá de una descripción de las festividades religiosas o de la celebración de la misa: es la confesión de un alma trastornada y oprimida por dudas que en su país tenía miedo de manifestar.

7 *Ibidem*.

8 En su “Nota del traductor”, el traductor de las *Letters From Spain* escribe que ha “tenido a la vista una interesante traducción anónima española, manuscrita” probablemente del final del siglo XIX, encontrada “entre los papeles y documentos de Blanco White conservados por su sobrino-nieto el general Mariano Blanco y Valdenebro (1857-1934), hoy pertenecientes a los manuscritos de Blanco White de la Biblioteca de la Universidad de Princeton”. José María Blanco White, *Cartas*, p. 31

En esta carta Blanco, trayendo inspiración de Rousseau, deja que sea su alter-ego, el clérigo Leandro, a contar su formación religiosa, con el cargo de inquietud que nace en una atmósfera de opresión y pecado.

“La fortuna me ha favorecido con el conocimiento de un joven sacerdote de esta ciudad, por quien, desde el primer momento quee nos vimos, he sentido creciente estima [...]

La identidad de peligros y sufrimientos, especialmente los del espíritu, viene a ser con frecuencia el más rápido e indisoluble lazo de amistad humana [...]

No poseo el cinismo intelectual que me permitiría como a Rousseau, exponer mi corazón desnudo ante la mirada del mundo. Tampoco tengo su desafortunada y odiosa propensión a expresarse con afectada franqueza, ni su cautivadora elocuencia para pregonar las buenas cualidades que pudiera poseer, y como para comenzar la tarea de describir los sufrimientos de mi corazón y mi alma he de vencer no pequeña resistencia y el sentimiento del decoro, tengo algún motivo para creer que lo que me lleva a hacerlo es el sincero deseo de ser útil a los demás”⁹.

Obsesionado por el deseo de justificar sus acciones, sus dudas religiosas, sus cambios de forma de pensar y de iglesia, Blanco aprovecha la oportunidad que se le ofrece para que hable de España, para denunciar el poder de la Iglesia Católica, que se adentra en la vida privada de los españoles, en sus almas, alimentando miedo y superstición y dejándoles en un estado de atraso. Religión como “opio del pueblo”, así como escribirá enseguida Karl Marx en su *Crítica de la filosofía del derecho de Hegel* (1844), que hace que no se emancipe y ofrece una felicidad ilusoria o la verdadera infelicidad.

Esta carta representa la autobiografía espiritual de Blanco White en la primera parte de su vida, con la descripción de su familia, de sus estudios. Blanco intenta justificar su crítica hacia la Iglesia con el sincero deseo de ayudar a sus amigos y sus connacionales a librarse de un poder opresivo, causa de “intensos sufrimientos en los hombres buenos y honrados” y de “burda

9 *Ibidem*, p.75; 79.

depravación en los duros y necios”¹⁰ y que constituye un “obstáculo insuperable para el desarrollo de la inteligencia”¹¹ fomentando la abstención y el disimulo.

“Yo mismo he estado varias veces en peligro de caer en manos de un loco jactancioso que por la noche defendía unas proposiciones que la mañana siguiente, lleno de miedo, iría a exponer a su confesor y que, de haber encontrado libre y total asentimiento en algún miembro de la reunión, hubiera intentado salvar su alma y cuerpo denunciando toda la conversación a los inquisidores”¹²

Y la crítica viene de alguien que ha conocido el sistema eclesiástico español personalmente y internamente.

“Si esta afortunada intimidad con un hombre que, aunque todavía en su primera juventud, acaba de obtener, por medio de unas oposiciones públicas, un puesto en lo que llamamos el alto clero –es decir, el que está por encima de la simple cura de almas-, me hubiera sido muy difícil darle a usted una visión de la constitución interna de la Iglesia española, de los defectos del sistema que prepara a nuestros jóvenes para el servicio del altar y de los ruinosos cimientos en que la ley eclesiástica, ayudada por el poder civil, asienta peligrosamente la moral de nuestros maestros espirituales y de sus ovejas”¹³

La humanidad descrita en las *Letters From Spain* no está envuelta en la crítica que toca las instituciones religiosas y políticas. Blanco describe a sus conacionales como víctimas de un sistema tiránico que amenaza con la muerte o la infamia a los disidentes, obligados a reprimir la indignación causada por las injusticias y las absurdidades de un poder que les divide entre fanáticos o hipócritas que tienen que cerrar los ojos.

“La influencia de la religión en España no tiene límites y divide a sus habitantes en dos clases: fanáticos e hipócritas. Pero no me comprenda mal: no pretendo, ni mucho menos, difamar a mis compatriotas, y si uso estas desa-

¹⁰ José María Blanco White, *Cartas*, p.80

¹¹ *Ibidem*.

¹² *Ibidem*, p.76

¹³ *Ibidem*, p.78

gradables expresiones no es porque crea que todo español sea o un intolerable fanático o un hipócrita.[...] Es un país en el que la ley amenaza con la muerte o la infamia a cualquier disidente del tiránico sistema teológico de la Iglesia romana”¹⁴

La lejanía física ofrece al autor la oportunidad de pensar en un posible cambio y de invocar una futura posibilidad de reforma de la Iglesia y del gobierno por medio de estudio y conocimiento. El estudio de las antiguas leyes españolas y de las costumbres del pueblo español y el conocimiento de la doctrina original del evangelio.

“Estoy convencido de que [...]deberíamos prepararnos para cualquier futura posibilidad de reforma de nuestra iglesia y nuestro gobierno por medio de un profundo estudio de nuestras antiguas leyes y costumbres, así como un perfecto conocimiento de la pura y original doctrina del evangelio”¹⁵

Pero, según Blanco, bajo este sistema de opresión intelectual, los españoles han “asociado la idea de las leyes españolas con el despotismo y la del cristianismo con la del absurdo y la persecución”. La España descrita en sus cartas es un país subyugado por el poder religioso, por el miedo de la inquisición y por la superstición, tan erradicados en el pueblo que vencen la racionalidad en momentos de peligro extremo como el ya contado de la epidemia de fiebre amarilla.

“[...] Durante nueve días seguidos, al anochecer, se celebraron las *Rogativas* en la Catedral. La impresionante oscuridad de tan magnífico templo, apenas rota por las seis velas del altar mayor y las luces vacilantes de las lámparas encendidas en las naves, junto con las voces graves y plañideras de los cuarenta cantores que entonaban los salmos penitenciales, llenaron a la multitud de suplicantes de los más fuertes sentimientos que la superstición puede crear con ayuda del miedo y la aflicción [...]”¹⁶

La parte descriptiva de las *Letters From Spain* ofrece un cuadro detallado de las costumbres españolas del final del siglo XVIII y los primeros años

¹⁴ *Ibidem*, p. 41

¹⁵ José María Blanco White, *Cartas*, p. 77.

¹⁶ *Ibidem*, p.164

del siglo XIX. Un cuadro animado y lleno de color; un país que Blanco ha conocido y vivido personalmente: “su” país, que ahora describe con los ojos y el amor del desterrado. A la lejanía espacial se añade la temporal que echa una sombra de melancolía sobre la descripción de su ciudad natal. En el *Alcázar de Sevilla*, redactado poco después de las *Letters From Spain*, escribe Blanco :

“¡Qué es lo que queda de las cosas humanas sino estos vestigios mentales, estas impresiones penosas y profundas que, como heridas mal cerradas en el corazón del desterrado, echan sangre cada vez que se las examina!”¹⁷

La vida de Sevilla, con sus comidas, sus festividades y sus convites después de que, según el autor, “todo el que esté acostumbrado a las comidas privadas inglesas caerá enfermo”¹⁸, y la corrida, orgullo y alegría de los andaluces que, prohibida por Real Orden durante varios años, había vuelto a ser permitida, tienen por Blanco un interés mayor que la pura descripción física en su país.

“Después de conocer la hospitalidad inglesa me sorprendió una costumbre que, siendo normal en España, nunca me había llamado a la atención. Una invitación a comer, que, dicho sea de paso, nunca se manda por escrito, no se debe aceptar la primera vez. Tal vez nuestro lenguaje, lleno de cumplimientos, nos hace necesario asegurarnos de la seriedad del que nos invita. Por otro lado, una urbanidad bien intencionada considera normal dar rienda suelta a la válida nacional y nunca, sin conveniente precaución, confiarse a *comer de la olla* en un país en el que la fortuna raras veces sonríe sobre tan venerable utensilio. Por tanto, la primera invitación a comer la sopa debe ser contestada con un *mil gracias*, frase con la que un español declina cumplidamente lo que nadie quiere que acepte. Si después de esta escaramuza de buena crianza se repite el ofrecimiento, se puede empezar a sospechar que el amigo va en serio y se contesta entonces con un *no se meta usted en eso*. En este estado del negocio las dos partes han ido demasiado lejos para volverse atrás y la invitación es entonces repetida y aceptada”¹⁹

17 José María Blanco White, ‘El Alcázar de Sevilla’. *Sevilla en la mirada del recuerdo* a cura de Antonio Garnica Silva y Jesús Díaz García. Sevilla, Biblioteca de Temas Sevillanos, 1994, p.36

18 José María Blanco White, *Cartas*, p. 68

19 *Ibidem*, p.69

Decididamente Blanco no pretende escribir una guía para extranjeros con descripciones de ciudades y monumentos: para conocer los lugares más hermosos de España recomienda la guía de Townsend “tanto por la objetividad y gracia de sus descripciones como por la abundancia de informaciones útiles y observaciones profundas con que ha obsequiado al público lector”.²⁰ El cuadro trazado por Blanco interesa la vida española, su humanidad y sus costumbres.

“La comida viene a ser a la una y en algunas casas, muy pocas, entre las dos y las tres. Las invitaciones a comer son muy raras. En algunas ocasiones especiales, como cuando un joven sacerdote celebra su primera misa, una hija toma el velo o, en las casas ricas, el día del santo del padre o de la madre, se hace lo que se llama un convite, que es una especie de fiesta.”²¹

El autor acompaña al lector durante un viaje dentro del típico día de las clases que no son ni las más altas ni las más bajas, empezando con el desayuno, que suele consistir en chocolate y tostadas con mantequilla irlandesa, y llegando a la noche, cuando la gente se reúne en tertulias o, durante el verano, sale por la calle para buscar alivio al calor sofocante de las casas.

La famosa siesta, universal en el verano porque la intensidad del calor produce sueño, en invierno está reemplazada por un paseo en las alamedas después de la comida. A lo largo de las alamedas, escribe Blanco, hay bancos de piedra donde la gente, una multitud pintoresca de militares, sacerdotes y caballeros con capas o uniforme, se sienta a descansar o a *pelar la pava*, o sea “entablar una conversación a media voz con la dama de al lado”²². En la alameda de Sevilla hay varias fuentes de agua, a pesar de la presencia de veinte o treinta *aguadores* que van haciendo sonar dos vasos produciendo un alegre sonido y que, pueden vivir durante todo el año de las ganancias del verano.

A lo largo de la narración, que no olvida la descripción de los trajes de paseo de las mujeres que necesitan “tanto el abanico como la lengua”, Blanco observa la “extraña mezcla de libertad y recato” de las costumbres españo-

²⁰ *Ibidem*, p.39.

²¹ *Ibidem*, p. 68

²² José María Blanco White, *Cartas*, p.71

las.²³ Curiosamente, sería muy mal visto que una señora estuviera sentada junto a un caballero con la puerta cerrada, pero si una dama está indispuesta no tiene el menor inconveniente en recibir visitantes masculinos quedándose en la cama; además, si una mujer soltera no puede salir sola a la calle, en cuanto se case puede ir sin compañía a donde quiera o sentarse sola con un caballero sin problemas.

A la corrida, tan profundamente enraizada en la vida de los andaluces, Blanco dedica su carta IV. Prohibida durante varios años, ha vuelto a ser permitida con júbilo del pueblo que la considera como un deporte “honorable y digno”²⁴

“Ninguna otra noticia, ni aun de la victoria más decisiva, podría alegrar más a los andaluces e incitarlos a mayor actividad. [...] La mayor parte de nuestros jóvenes consideran el toreo como un deporte honorable y digno de la diversión principal de los niños andaluces de cualquier clase social es la parodia de las faenas del ruedo”²⁵

Blanco describe la corrida de manera muy detallada: empieza con la preparación, el horario de inicio, la elección de los días que están fijados de manera que no coincidan con una fiesta religiosa en la Catedral, la plaza de toros que llena, “ofrece un aspecto muy hermoso”²⁶, para llegar a narrar todas las fases y técnicas del espectáculo que para los andaluces es más que una diversión. Los toreros proceden de las clases más humildes de la población y, escribe Blanco, viven uniendo en su conducta “la superstición y el libertinaje”.²⁷

A la carta sobre la corrida siguen las históricas. Entre ellas, la ya citada que habla de la epidemia de fiebre amarilla, la carta sobre la vida en convento y la de sobre las festividades. La mayor festividad de Sevilla es, según Blanco, la *Semana Santa*, aunque

23 *Ibidem*, p.67

24 *Ibidem*, p.125

25 *Ibidem*.

26 *Ibidem*, p.134

27 *Ibidem*, p.139

“al decir honestamente la verdad, en todas partes se burlan de nosotros por nuestra vanidad con respecto a estas solemnidades, y corre por ahí un chiste contra los sevillanos”²⁸

Destacada la grandeza y magnificencia de la Catedral de Sevilla que, para el autor en cuanto a limpieza no tiene nada que ver con la Iglesia de San Pedro del Vaticano, donde, según relatos de los viajeros, hay mendigos que allí comen, beben y duermen, Blanco pasa a describir el melancólico repique de las campanas del Domingo de Ramos y la procesión que avanza acompañada por una banda “de instrumentos de viento y de un grupo de cantores que ejecutan las más artificiosas melodías de la música moderna o de contrapunto”²⁹.

Descritas las festividades religiosas, las *Letters From Spain* se acaban con la descripción de la vida de corte, la llegada y asentamiento de las tropas francesas, y los consiguientes acontecimientos de 1808. En la redacción de las páginas sobre la corte en la época de Godoy, Blanco utilizó fuentes españolas, como el ex ministro Ángel de Saavedra y pudo, además, contar con las notas sobre España realizadas y conservadas por Lord Holland y con los relatos de la vida de corte y de las intrigas cortesanas de su mujer.

Así, en la carta duodécima, Blanco describe los concitados acontecimientos de los días que precedieron a Bayonne, con la insurrección de Aranjuez, el asalto a la casa de Godoy, y su tentativa incumplida de huir desnudo de la multitud, escondiéndose:

La partida de la familia real se había fijado, con el mayor secreto, para el 19 de marzo. Sin embargo, al empezarse los preparativos del viaje, los partidarios de Fernando tomaron medidas para hacer fracasar el plan de los reyes y del favorito. Así empezaron a llegar a Aranjuez grandes grupos de campesinos que venían de los pueblos más distantes, y lo mismo la guardia walona que la de a caballo se comprometieron a ponerse de parte del pueblo. Poco después de la medianoche del 19 el populacho atacó furiosamente la casa del

28 José María Blanco White, *Cartas*, p.219

29 *Ibidem*, p.222

príncipe de la Paz, que apenas tuvo el tiempo de escapar de saltar del lecho y escapar. []

El infortunado Godoy llevaba encerrado más de doce horas en un escondrijo del desván de su casa, casi desnudo y sin nada de comer o beber, hasta que, por fin, si damos crédito a lo que se cuenta, la sed le obligó a pedir ayuda a un criado, que lo delató a sus perseguidores. []

La fuga de la familia real había sido frustrada por el motín de Aranjuez y por la inesperada ascensión de Fernando al trono. Como tanto el nuevo rey como sus padres se apresuraron a pedir el apoyo francés con renovadas profesiones de amistad, Murat entró en la capital de España para seguir desde allí el curso más conveniente a las intenciones de su soberano. [...]”³⁰

A pesar del éxito que tuvieron en Inglaterra, que le dio a Blanco un nombre como escritor inglés, las *Letters From Spain*, se quedaron poco conocidas en España. Precioso documento de importantes acontecimientos históricos y de la cultura española de su época, entendida como el conjunto de las costumbres, de las creencias, de los valores y de los hábitos de sus connacionales, las *Letters From Spain*, representan mucho más que una viva descripción de la España entre el siglo XVIII y el siglo XIX. Las cartas son un viaje de vuelta con la mente a días pasados y lugares vividos. Por medio de ellas, Blanco White vuelve con la melancolía del repique de las campanas de la Catedral de Sevilla, a la patria que nunca volverá a ver con sus propios ojos, a los términos de uso común que nunca oye, a los jaleos que no resuenan más en sus oídos, a los paisajes tan familiares pero ya tan lejanos por espacio y tiempo. Un espacio y un tiempo a través del que las cartas empiezan un viaje, en el que también el detalle más pequeño tiene un papel muy importante. A los detalles Blanco se hace, como narrador meticuloso y como desterrado en incesante búsqueda de paz interior que, después de doce años transcurridos intentando introducirse en su país adoptivo, quiere recuperar los recuerdos, hacerlos vivir por medio de su pluma, para volver, aunque sólo con la mente, a su país, a su ciudad nativa, que recuerda con cariño y emoción aunque haya estado el nido de su tormento.

30 *Ibidem*, p.300-303

BIBLIOGRAFÍA

Obras generales

- Carr Raymond, *Storia della Spagna*, Firenze, La Nuova Italia, 1978
Llorens Vicente, *Liberales y románticos: una emigración española en Inglaterra. (1823-34)*, 3ª Edición., Ed. Castalia., Madrid, 1979

Obras específicas

- Alonso Manuel Moreno, *Blanco White la obsesión de España*, Sevilla, ediciones Alfar, 1998
Durán López Fernando, *José María Blanco White o la conciencia errante*, Sevilla, Fundación José manuel Lara, 2005
Fundación Dos de Mayo. Nación y Libertad, 1808. *El Dos de Mayo, Tres Miradas*, Madrid, Espasa Calpe, 2008
Garnica Silva Antonio y Díaz García Jesús, *Sevilla en la mirada del recuerdo*, Sevilla, Biblioteca de temas Sevillanos, 1994
Murphy Martin, *Blanco White Self Banished Spaniard*, New haven and London, Yale University Press, 1989

Obras citadas:

- Blanco White José María, *Cartas de España*. Madrid, Alianza editorial, 1972
Blanco White José María, 'El Alcázar de Sevilla'. *Sevilla en la mirada del recuerdo* coordinado por Antonio Garnica Silva y Jesús Díaz García. Sevilla, Biblioteca de Temas Sevillanos, 1994
Menéndez y Pelayo Marcelino, *Historia de los heterodoxos españoles*, Madrid, La Editorial Católica, 1978.